

En el año 1793  
 cuando se abrió  
 (3.ª ed. 4.ª)

Fuerza del  
 ejército fran-  
 cés.

ran detenido hasta pisar tierra de Francia. Pero los españoles descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos también de recursos, les dieron espacio para repararse. Así fué que los franceses ya más serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos, el del centro mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessieres. Había además una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan su mayor general, enviado de París últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componían en septiembre una masa compacta de más de 50,000 combatientes, entre ellos 11,000 de caballería, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros para darse la mano tenían que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian, estaban también respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio país por la intermediación todo género de prontos y eficaces auxilios.

Movimiento  
 de los espa-  
 ñoles.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada día con nuevas tropas, manteníanse los franceses quie-

tos y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de octubre el señalado para dar comienzo á la empresa, mas días ántes ya habían los nuestros con su impaciencia moviéndose por su frente. Los castellanos desde Logroño, sentado á la márgen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habían adelantado á Viana, y Grimarest extendiéndose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses por el lado de Sangüesa también avanzaron acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fué el número de estos, que Moncey sobresaltado dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessieres dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragón y Navarra.

El 20 de octubre mandó el general Grimarest á Don Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarle quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenía orden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas; y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha orden caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Cruz en cumplimiento de lo que se le mandaba, fortificó según pudo el convento de Capuchinos y el palacio cuyo edificio había de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de

Acción de Lerin, 26 de octubre.



ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos valerosamente rechazados por sus tropas. Con mas gente insistieron aquellos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros replegándose al palacio no dieron oídos á la intimacion que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6000 infantes, con artillería y 700 ú 800 caballos, y los de Cruz que no excedian de 1000 continuaron en repelerlos hasta entrada la noche con la esperanza de que Grimarest, segun lo prometido, vendria en su auxilio. Los destacamentos de Carcar y Sesma, aunque lo intentaron, no pudieron por su corta fuerza dar ayuda. Amaneció el dia siguiente, y sin municiones ni noticia de Grimarest, se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo despues ser cangeados por otros prisioneros. Brillante accion fué la de Lerin, aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cadiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grimarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas para abandonarlas despues á su aciaga suerte; pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una órden de La Peña, evacuó á Lodosa, y repasando el Ebro, se situó en la torre de Sartaguda.

O-neil mas dichoso en aquellos dias obligó al enemigo á retirarse de Nardues á Monreal: corta

compensacion de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney habia atacado y repelido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en las alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños que entónces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuyese el punto, á no ser que los enemigos cruzando el rio se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaria en la sierra de Cameros sobre Nalda. Ordenó tambien que el batallon ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitacion y desórden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pié de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se habia apoderado de sus ánimos era tanto ménos fundado, quanto que 1500 hombres al mando del conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y á donde no habia penetrado el enemigo.

El general Castaños, justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4000 hombres de infantería y caballería, regida por el conde de Car-

Retirada de los  
castellanos de  
Logroño.

Arreglo que en  
su ejército hace  
el general  
Castaños.



taojal, la cual habia de maniobrar por las faldas de la sierra de Cameros desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de 5.<sup>a</sup> division á los 4500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfaro y Tudela al mando de Don Pedro Roca. Reconcentró la demas fuerza en Calahorra y sus alrededores, y escarmentado con lo ocurrido se resolvió ántes de emprender cosa alguna á aguardar las demas tropas que debian agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Napoleon.

Napoleon en tanto se preparaba á destruir en su raiz la noble resistencia de un pueblo cuyo ejemplo era de temer cudiese á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se habia figurado que con las tropas que tenia en la península podria comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento de corta duracion pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailen, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan grande hoguera habia encendido. Fué anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de septiembre en el Monitor y por primera vez una relacion circunstanciada de las novedades de la península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Su message al senado.

Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion un message del emperador al senado con

tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de negocios extranjeros Mr. de Champagny y una del de la guerra Mr. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de abril y 1.<sup>o</sup> de septiembre. En la de abril, despues de manifestar Mr. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa habiendo roto el útil vínculo que ántes unia á ambas naciones gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio frances, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadia, no podria realizarse, ni reponiendo en el tronó á Carlos IV ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de septiembre hablábase ya de las renunciaciones de Bayona, de la constitucion allí apróbadá, y en fin, se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados, segun el ministro, por el gobierno británico que intentaba poner aquel pais á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaria estando preparados para evitarla 2.000.000 de hombres valerosos que arrojarian á los ingleses del suelo peninsular.

Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del ministro de la guerra. En ella pues se decia, que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos mas de 200.000 hombres, era indispensable levantar 80.000 de la conscripcion de los años de 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que

Lleva de nuevas tropas.



otros 80,000 de la del 10 estuviesen prontos para el enero inmediato. Al día siguiente, leídas estas exposiciones y el mensaje que las acompañaba, contestó el senado aprobando y aplaudiendo lo hecho, y las medidas propuestas; y asegurando también que la guerra con España era „política, justa y necesaria.” A tan mentido y abyecto lenguaje había descendido el cuerpo supremo de una nación culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habían ya empezado á venir del norte de Europa muchas de las tropas francesas allí acantonadas. A su paso por París hizo reseña de varias de ellas el emperador Napoleón, pronunciando para animarlas una arenga enfática y ostentosa.

Conferencias de Erfurth.

No satisfecho este con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató también de asegurar el buen éxito de la empresa, estrechando su amistad y buena armonía con el emperador de Rusia. Sin determinar tiempo se había en Tilsit convenido en que más adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbre sobre la Alemania y aun dudas sobre la misma Rusia, obligaron á Napoleón á pedir la celebración de las proyectadas visitas. Accedió á su demanda el emperador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo, llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunión, el 27 de septiembre. Concurrieron allí varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el

con el rey de Prusia.

de Prusia por su hermano el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfacción y cordialidad, pasándose los días y las noches en diversiones y festines, sin reparar que en medio de tantos regocijos no solo legítimos monarcas sancionaban la usurpación más escandalosa, y autorizaban una guerra que ya había hecho correr tantas lágrimas, sino que también tachando de insurrección la justa defensa y de rebeldía la lealtad, abrían ancho portillo por donde más adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan poderosos, ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleón en libertad de proceder en los asuntos de la península según conviniese á sus miras.

Más al propio tiempo y para aparentar deseos de paz, cuando después de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarían á París para aguardar la respuesta de Inglaterra: los que en unión con los de Francia concurrirían al punto del continente que señalase para tratar.

Correspondencia con el gobierno inglés.

En contestación Mr. Canning escribió el 28 de octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Fran-



cia, acompañadas de una nota común á ambos. Al primero le decia, que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al emperador su amo, el modo desusado con que este habia escrito le impedia considerar su carta como privada y personal, siendo por tanto imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca habia reconocido el rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaria á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiria en los tratados al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debia de ser el pensamiento del emperador de Rusia, segun el vivo interes que siempre habia mostrado en favor del bienestar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca seria inducido á sancionar por su concurrencia ó aprobacion usurpaciones fundadas en principios no ménos injustos que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistia en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ampliamente en la nota que iba para dichos dos ministros á la carta autógrafa de ambos emperadores. Sentábase en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, así para la paz como para la guerra. Y que si bien con España no estaba ligado por ningun

tratado formal, habia sin embargo contraido con aquella nacion á la faz del mundo empeños tan obligatorios como los mas solemnes tratados; y que por consiguiente el gobierno que allí mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII, deberia asimismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en cuanto á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra; pero que de ningun modo se admitirian los plenipotenciarios de los insurgentes españoles (así los llamaba), puesto que José Bonaparte habia ya sido reconocido por el emperador su amo como rey de España. Ménos sufrida y mas amenazadora fué la contestacion de Mr. Champagny, ministro de Francia.

Dióse fin á la correspondencia con nuevos oficios en 9 de diciembre de Mr. Canning, concluyendo este con repetir al frances: „Que S. M. B. „estaba resuelto á no abandonar la causa de la „nacion española y de la legítima monarquía de Es- „paña; (añadiendo) que la pretension de la Francia „de que se excluyese de la negociacion el gobierno „central y supremo que obraba en nombre de S. M. „C. Fernando VII, era de naturaleza á no ser ad- „mitida por S. M. sin condescender con una usur- „pacion que no tenia igual en la historia del uni- „verso.”

Contaba Napoleon tan poco con esta negociacion, que volviendo á Paris el 18 de octubre, y abriendo el 25 el cuerpo legislativo, despues de to-

Fin de la correspondencia.

Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo.



car en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: „Parto dentro de pocos días para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.” Palabras incompatibles con ningún arreglo ni pacificación, y tan conformes con lo que en su mente había resuelto, que sin aguardar respuesta de Lóndres á la primera comunicacion, partió de Paris el 29 de octubre llegando á Bayona en 3 de noviembre.

Fuerza y division del ejército francés.

Empezaban ya entónces á tener cumplida ejecucion las providencias que había acordado para sujetar y domear en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudian de todas partes á la frontera, y variando por decreto de septiembre la forma que tenía el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en ocho diversos cuerpos á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

- 1.<sup>er</sup> Cuerpo. Mariscal Victor, duque de Bellune.
- 2.<sup>o</sup> Cuerpo. Mariscal Bessieres, duque de Istria.
- 3.<sup>er</sup> Cuerpo. Mariscal Moncey, duque de Cornigliano.
- 4.<sup>o</sup> Cuerpo. Mariscal Lefebvre, duque de Dantzick.
- 5.<sup>o</sup> Cuerpo. Mariscal Mortier, duque de Treviso.
- 6.<sup>o</sup> Cuerpo. Mariscal Ney, duque de Elchingen.

ab comment  
la  
-abstul copiano  
-vrb

7.<sup>o</sup> Cuerpo. El general Saint-Cyr.

8.<sup>o</sup> Cuerpo. El general Junot, duque de Abrantes.

A veces, segun iremos viendo, se substituyeron nuevos gefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar con enfermos y demas bajas, ascendia á 250,000 combatientes, pasando de 50,000 los caballos. De estos cuerpos el 7.<sup>o</sup> estaba destinado á Cataluña, el 5.<sup>o</sup> y 8.<sup>o</sup> llegaron mas tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su emperador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Napoleon cruzó el Bidasoa el 8 de noviembre acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Monte-bello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde estaba José y el cuartel general. Las tropas francesas habían conservado del lado de Navarra y Castilla casi las mismas posiciones que ocuparon despues de las jornadas de Lerin y Logroño. No así por el de Vizcaya. Inquieto el mariscal Lefebvre, sucesor del general Merlin, de los movimientos del ejército de Don Joaquin Blake, había pensado con el 4.<sup>o</sup> cuerpo arrojarle de Zorzoza.

Firme el general español desde el 25 de octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los mas prudentes estuvieron por replegarse: hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el general en gefe, no pareciéndole acertado el último dictámen, y recelo-

Cruza Na-  
poleon el Bida-  
soa.

BIBLIOTECA CENTRAL



so de abrazar el primero en una sazón en que los pueblos tildaban de traidor al general que los dejaba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de octubre, día en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que este tenia era de 26,000 hombres, la nuestra 16,500.

Accion de Zor-  
noza, 31 de oc-  
tubre.

Habia tambien contado Blake con que apoyaria su derecha la division de Martinengo con algunos caballos mandados por el marques de Malespina, y una de Asturias gobernada por Don Vicente Maria de Acevedo. Mas avanzando ambas hasta Villaró y Dima, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno.

El mariscal Lefebvre al amanecer del 31 empuzó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martin y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier Don Gabriel de Mendizabal, enseñoreaba la última posicion de las nombradas, que fué acometida primeramente por la division del general Villate. Apoyaron y siguieron á este las divisiones de los generales Sebastiani y Leval, y empeñada toda nuestra vanguardia, peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga sin que á sus fuegos pudiera responder careciendo de igual arma. Rota

al fin se recogió al amparo de la 1.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> division apostadas en el monte de San Miguel. La 1.<sup>a</sup> del mando de Don Genaro Figueroa, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un mogote que ocupaba en dicho monte; pero la 4.<sup>a</sup>, falta de cañones como lo demas del ejército, fué arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entónces Blake, conociendo su desventaja, determinó retirarse, para lo que poniéndose á la cabeza de los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva mandada por Don Nicolas Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose á las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3.<sup>a</sup> division al mando de Don Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras en la orilla opuesta del rio, en donde sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente no siéndole dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen orden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fué corta de ambas partes: quizá la victoria hubiera sido mas dudosa si el general español no se hubiera de antemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el propósito que tenia de retirarse; pero ciertamente fué descuido quedarse del todo desprovisto de tan nece-



saria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao mas que para acopiar algunas vituallas, uniéndose despues con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Valmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de léjos hasta Güeñes, en donde habiendo dejado para observarlos al general Villatte con 7000 hombres, retrocedió á Bilbao.

José, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una division del 1.<sup>er</sup> cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos de Lefebvre, y que otra del 2.<sup>o</sup> cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villaró. Inciertos estos gefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la accion de Zornoza, creyeron arriesgada su posicion y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino y cerca de Menagaray fué su encuentro con la mencionada division francesa. Presentáronle los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar, y se replegaron á Orduña. Los españoles entónces mejoraron su posicion colocándose en una altura agria cerca de Orrantia.

Blake el 3 de noviembre se habia reconcentrado en la Nava, dos leguas mas allá de Valmaseda yendo de Bilbao. Poco ántes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que habia venido de Dinamarca y que estaba á las órdenes del conde de San Roman, y en el mismo Nava, otra division de Asturias á las de Don Gregorio Quiros, componiendo en todo los que se reunieron de 8 á 9000 hombres. La caballería venida del norte, hallándose desmontada, habia partido al mediodia de España para proveerse de caballos. Reforzado así el ejército de Blake, y enterado este del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Movióse pues hácia Valmaseda, cuyo punto debia acometer la 4.<sup>a</sup> division, ahora mandada por Don Estevan Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigia al Berron una legua distante; la 3.<sup>a</sup> y la asturiana de Quiros á Arciniega, y lo demas de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permaneciesen las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luego unos y otros con inexplicable gozo.

Fué en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habian adelantado á Valmaseda, cuyo camino corre al pié de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general frances Villatte, retiróse con demasiada priesa, hasta que volviendo en sí, juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó

De Valmaseda, 4 de noviembre.

De Valmaseda, 4 de noviembre.



con cuatro cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Valmaseda, y enviando por un rodeo dos batallones para que estrechasen á los franceses por retaguardia, sobrecojió á estos, que desbaratados huyeron en el mayor desórden hasta Güeñes. Perdieron un cañon, carros de municiones y muchos equipages, entre los que se contaba el del general Villatte. Debíose principalmente la victoria al acierto y pronta decision de Don Vicente María de Acevedo.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradóle que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear ántes de su llegada, y aun tambien que José le prestase ayuda: ya porque juzgase expuesto un movimiento parcial y aislado, ó ya mas bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias ántes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo, temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefebvre con el 4.º cuerpo continuase desde Bilbao en perseguir á Blake, y que el mariscal Victor con el 1.º marchase por Orduña y Amurrio contra Valmaseda, formando un total de 50,000 hombres.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazón que Blake, queriendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Valmaseda, y reconocer las fuerzas del enemigo, iba el 7 la vuelta de San Pedro de Güeñes. La víspera habia el general español enviado sobre su izquierda á Sopuerta la 4.ª division, que

Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre.

no pudiendo reincorporarse al ejército, se retiró por Lanestosa á Santander. El mismo dia, no queriendo tampoco Blake dejar descubierta su derecha, dirigió camino de Villarcayo y de Medina de Pomar al marques de Malespina con los 400 caballos que habia y algunos infantes. Por su lado el general en gefe se encontró con el mariscal Lefebvre; peleando los españoles con bizarría, particularmente la division de Figueroa y el batallon de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Valmaseda y pueblos vecinós.

La tarde de dicho dia, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre que caminaban á unirse; levantaron los nuestros su campo dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia, para proteger el movimiento, algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos al mando de Don Nicolas de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los mariscales franceses se juntaron en Valmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuíase su ejército teniendo desde el 31 que pelear á la continua con el enemigo, la lluvia, el frio, el hambre, la desnudez. Rigorosa suerte aun para



soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisonos y poco disciplinados. La escasez de víveres fué extrema, viéndose obligados hasta los mismos gefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en gefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios; enseñando la práctica militar, como ya decia Vajecio, „que la penuria, mas veces que la pelea, acaba con un ejército, y que el hambre es mas cruel „que el hierro del enemigo.”

(1 Ap. n. 6.)

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerido y bien provisto. Esperanzado sin embargo en que le asistiese favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya concesion, segun cuentan, sube á Don Sancho Garcia conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles, colocándose en el camino que viene de Valmaseda, dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada, de difícil acceso y á la siniestra parte, pusieron los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quiros y Valdes. La 1.<sup>a</sup> division y la reserva

(2 Ap. n. 7.)

con sus respectivos gefes Don Genaro Figueroa y Don Nicolas Mahy, seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3.<sup>a</sup> division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de Don Gabriel de Mendizábal con seis piezas de artillería dirigidas por el capitán Don Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San Roman, quedando no lejos de la artillería y algo detras por su derecha la 2.<sup>a</sup> de Martiengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21,000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo en número de 25,000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia este juntado con el mariscal Lefebvre en Valmaseda y separándose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empuñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez; mas cargando el enemigo en mayor número, fué al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entonces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por orden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquel-